

El pensamiento binario que nos esteriliza

Por HAROLDO DILLA ALFONSO

En una entrevista reciente de *Espacio Laical* a Arturo Lopez Levy (ALL), este me mencionó en una extraña asociación con Ninoska Pérez, una activa militante del segmento derechista y de línea dura del exilio cubano en Miami. Según ALL, yo compartía con ella el rechazo al trabajo de ALL y de su organización CAFE, a los cuales –no sé si junto o por separado– habríamos endilgado peyorativamente los términos “dialogueros” y “respetuosos.”

Viendo las cosas de lejos, esta afirmación pudiera tomarse como un desaguisado intelectual que le puede ocurrir a cualquiera. Y que por tanto no vale la pena tomar en cuenta. Pero vistas desde otro ángulo, me parece un acto desconsiderado e inexacto. Y lo que es aún más grave, un ejemplo del tipo de cosas que debemos ir desterrando del debate público si queremos llegar a algún lugar diferente y superior al que hoy compartimos.

Debo hacer notar que hace mucho tiempo, tras una polémica que terminó en manos de ALL en forma muy confusa, decidí no volver a discutir con él y le he rogado varias veces que trate de olvidar que existo. No porque ALL sea intrascendente. Al contrario, creo que es un tipo de persona que por su inteligencia, linaje, versatilidad ideológica y acometividad, le podría esperar un futuro público en Cuba. Si evito discutir con él es solo por prevenciones éticas.

Y si lo hago ahora es porque estoy obligado, parafraseando al filósofo, por mi y por mi circunstancia, pues me temo que si no la salvo a ella, no me salvo yo.

Ante todo, creo que atacarme en una publicación cubana es un acto abusivo, toda vez que, como sabe ALL, yo no tengo acceso como autor a ninguna publicación cubana. Desde 1996 en que fue intervenido el Centro de Estudios sobre América (tres años antes del proceso político que me obligó a abandonar el país en que nació) sólo he podido publicar en revistas extranjeras. Varios artículos que en 1996 tenía en espera en fondos de revistas cubanas fueron desestimados por sus editores, e incluso dos libros míos que acababan de ser publicados cuando se produjo el informe al V Pleno, fueron mandados a hacer pulpa. Recuerdo que hace algunos años sostuve una polémica pública en defensa del marxismo con un conocido intelectual cubano neoliberal y la página web de la *open minded* UNEAC tuvo la desagradable ocurrencia de publicar solo la parte del contendiente, sin siquiera mencionar lo que yo argumentaba. Tal y como hacían los soviéticos con el renegado Kautsky.

Y aunque he tenido una vida intelectual muy activa en estos largos 12 años fuera de la Isla (sobre Cuba y otros temas) casi nada de eso ha podido llegar a mi

país. Por eso, aprovechar una página cubana para colocarme en un mismo saco con Ninoska Pérez es, cuando menos, un acto poco sensible, como la clásica pelea del mono amarrado con el león, y yo de mono. Afortunadamente los editores de *Espacio Laical* –en un gesto que habla bien tanto de sus estaturas profesionales y éticas como de los tiempos– han aceptado publicar mi réplica, lo cual siempre agradeceré.

Vale la pena aclarar que yo nunca he usado el término “dialoguero”, no es parte de mi léxico. Y cuando he usado “respetuoso” no creo haberlo hecho pensando específicamente en ALL o en el grupo que comanda. En realidad lo he tomado prestado de la Oficina de Intereses de Cuba en Washington, que lo usó por primera vez para referirse a los invitados por ella a una reunión que tuvo lugar en el DC. Entonces dijo que los invitados serían personas que “se vinculan a su país de manera respetuosa.” Aunque es admirable la manera como ALL se concibe a sí mismo en el vórtice de todo, creo conveniente recordarle que no todo lo que se dice o se comenta en esta bola del mundo tiene que ver con su persona.

Pero francamente, nada de esto es importante. Tampoco fuera importante si se tratara de una oscura conspiración de ALL para empañar mi imagen, o de un brote resentido desde alguna herida añeja, lo cual no creo que sea. Lo importante es la prevalencia de un tipo de concepto binario de la política y la vida que me coloca al lado de Ninoska Pérez. Justo el tipo de concepto binario que debemos desterrar si queremos un futuro mejor para la nación cubana.

Cuando ALL me cuela en el mismo saco que Ninoska Pérez se desentiende de algunos presupuestos elementales, como que Ninoska es una política de derecha, y yo soy de izquierda; que Ninoska aspira a una ruptura, y yo siempre he creído que es conveniente negociar y llegar a acuerdos perdurables; que yo rechazo absolutamente toda injerencia americana en los asuntos cubanos, y Ninoska juega con esas injerencias entendiéndolo que ello fortalece sus posiciones, etc. Y aunque a un lector desprevenido pudiera parecerle que Ninoska y yo jugamos póker y nos tomamos un cappuccino alguna que otra vez, en realidad nunca he visto a esa señora y, por aquello que decía de la circunstancia, me parece que me voy a morir sin conocerla.

Y es que ALL, a pesar de su inteligencia y formación, es presa de la concepción binaria que nos ha animado por muchos años, de buenos y malos, justos y pecadores, policías y ladrones, de un solo camino correcto y los demás equivocados, y de una manipulación de la

oposición –política o intelectual- como bestias pardas intratables a las que hay que desechar para el futuro. Su visión de la actualidad cubana es más afín a los guiones del programa Sector 40 que a las realidades de nuestra sociedad transnacional. Es la misma concepción que autoriza a un funcionario a convocar a un grupo de correligionarios emigrados “respetuosos” y llamarles “la emigración”; y llamarse a sí mismo “la nación,” a pesar de que no son ni una ni la otra cosa, sino solo partes pequeñas de ambas. Y si ALL lograra romper el cascarón dogmático que generan décadas de polarizaciones, descubriría que –por todo lo que he dicho- entre él y Ninaska Pérez hay más coincidencias ideológicas que entre ella y yo.

Pero por razones de espacio y buen juicio, no me dedicaré a demostrar lo anteriormente afirmado (en esto, como con la cruz, cada cual debe cargar con su circunstancia) y en su lugar prefiero aprovechar esta oportunidad para discutir con los lectores de *Espacio Laical* mis propios puntos de vista, que me diferencian sustancialmente tanto de Ninaska Pérez como de Arturo Lopez Levy.

Ante todo, yo estoy convencido de que cualquier salida democrática a la situación cubana debe ser el resultado de una negociación, y no de una hecatombe. El pacto entre partes realmente representativas, ha de ser la cualidad distintiva de esta transición, y por consiguiente la clase política cubana –con su heterogeneidad larvada- debe ser parte sustantiva de ella. Tanto la ruptura catastrófica que imaginan los *hardliners* de Miami y la oposición, como la exclusión represiva que ejecutan los *hardliners* del gobierno cubano, son los peores negocios para la sociedad cubana, y sus existencias mutuamente alimentadas embargan el futuro de nuestra nación transnacional. Son el resultado extremo del pensamiento político binario.

Pero aceptar –por conveniencia o por pragmatismo- la idea de una transición pactada no implica tener que adoptar una posición aquiescente como la que han mostrado algunos fans criollos de la llamada *transición ordenada*. Hay grupos y personas que creen que la mejor manera de empujar hacia un cambio en Cuba –y de paso colocarse en el área de *goal*- es saludar con efusividad cualquier movida que haga el gobierno, confundiendo la política de principios con los intercambios coquetos de guiños. Y por eso han terminado disolviendo su paradigma político en una jerga desbalanceada con mucho orden y muy poca transición.

Obviamente en un escenario de inmovilismo desesperante como el que vivimos entre 1997 y 2006, cualquier movida gubernamental puede resultar positiva, y por tanto merece apoyo. Nadie puede negar el signo alentador de medidas como la legalización de las ventas de autos y casas, la ampliación de las listas de oficios permitidos en la actividad privada, la entrega de tierras a los campesinos o el derecho de la gente a comprar computadoras y celulares. Pero todo lo hecho hasta el momento, siempre con el tiempo en contra, no ha sido otra cosa que la provisión de primeros auxilios, cuando sabemos que el cuerpo necesita una buena cirugía. Y en ello hemos gastado siete largos años en los que la mayor preocupación ha sido no equivocarse.

El apoyo a la transición pactada –y yo me cuento entre quienes le apoyan- no puede consistir en aplaudir con entusiasmo de adolescentes cada acto gubernamental, aun cuando ese acto no resuelva el problema que quiere afrontar, y ni siquiera avanza en la dirección de una solución de largo plazo. O presentar ante el gobierno cubano demandas tan cándidas que se colocan por debajo de lo que ese gobierno está dispuesto a conceder, como sucedió con algunos grupos emigrados de cara a la pasada reforma migratoria.

No es sonriendo al gobierno y flirteando con fórmulas asiáticas como se enfrenta la situación real de Cuba, sino asumiéndola críticamente y reclamando pasos efectivos en dirección a cuatro aspectos claves: la viabilidad económica, la democracia política, la dimensión transnacional de su sociedad y la inserción soberana de Cuba en el sistema mundial.

Obviamente yo no tengo una propuesta de solución para la compleja realidad cubana, como tampoco una hoja de ruta para una transición que solo se anuncia en tenues y reversibles gimoteos. Yo no soy político ni cabildeador, sino un intelectual. Hace tres lustros tuve el privilegio de pertenecer al equipo que más avanzó en debatir el futuro cubano de una manera holística –el Centro de Estudios sobre América- pero esa oportunidad dejó de existir en 1996. Y ni entonces ni ahora me he creído en posesión de atribuciones diferentes a la que confiere ser parte de un debate. Y nunca me he considerado dueño de una alternativa que corresponde ser elaborada por toda la nación cubana, insular y emigrada.

Cuba se encuentra ubicada en una encrucijada muy compleja: una economía subsidiada, paralizada e incapaz por sí sola de garantizar su reproducción simple; una sociedad plural y vigorosa que busca sus espacios de autonomía a contrapelo de los usos de la política; una población insular que decrece por sus bajas tasas de natalidad y porque su parte joven emigra para donde pueda; una comunidad emigrada que es económica y demográficamente más activa que la que permanece en la Isla y donde un sector político antigubernamental de línea dura aún ejerce cierta hegemonía; un problema de inserción política y económica en relación con el sistema mundial, marcado por el diferendo con los Estados Unidos y que frecuentemente coloca al gobierno al lado de causas poco elegantes; y un sistema político que durante décadas nos pidió la entrega de cuerpo y alma, sin fisuras, que ya no tiene capacidad para hacerlo, pero que se niega a renunciar a la idea del control total. De manera que hoy vivimos una extraña eclosión de situaciones inusuales y desgajamientos de permisividades, a veces para bien, pero otras veces con resultados perversos. Y que finalmente no nos conducen a un estado de derechos y libertades.

La encrucijada no es una suma de partes desconectadas -o desconectables- sino una madeja interconectada de ellas. No hay solución para una, si no hay solución sistémica. Desde los años 90 escuchamos decir a los dirigentes cubanos que hay que buscar una solución económica al diferendo con los Estados Unidos, y solo luego vendría el “perfeccionamiento” de la política. Pero eso no es cierto. Nadie ha podido hacerlo, ni siquiera

los chinos con su dinámica económica impetuosa y su cultura milenaria de obediencia al poder. Ellos ajustaron antes la política: lo hicieron en Tianamen y mataron muchos manifestantes. Y luego se han dedicado a criar millonarios, tecnócratas y clientes.

La encrucijada desemboca en varios caminos, cada uno de los cuales tiene ventajas y desventajas. No hay ninguno exactamente correcto, no importa si derivado de los ideales o de la fe. Aunque hay algunos que son evidentemente desastrosos. Uno de ellos es precisamente la continuidad inmovilista, incluso la administración del cambio al ritmo lento de la "actualización" que desarrolla el gobierno cubano, justificado en el discurso oficial como el no-derecho a equívocos. Como si no fuera una concatenación de ellos la que nos ha llevado a la presente situación de erosión de las esperanzas. Pero todos, sin exclusiones, deben ser partes de un debate libre, pluralista, de diferentes alternativas (económicas, sociales, políticas, culturales, ambientales), que permita a los cubanos decidir sobre su futuro más allá de las agendas predeterminadas desde el propio poder.

Como marxista no arrepentido, voy a comenzar enfatizando que el punto de partida es inevitablemente la economía: si no hay reproducción ampliada, no hay sociedad duradera. Y hoy Cuba, por sí misma, no lo consigue. Pero como sociólogo, voy a dejar este tema al nivel en que se encuentra una rica discusión que están teniendo los economistas cubanos -insulares y emigrados- y remitir al lector a ella. Opinar sobre esto frente a tanto *expertise* sería descabellado.

Pero quiero rescatar y exponer francamente una idea elemental que brota de este debate: la economía cubana tiene tales carencias que su mejoramiento solo puede partir de la captación sustancial de ahorro externo mediante la inversión extranjera y la consiguiente privatización. Obsérvese que no digo que captar ahorro externo sea la única condición. Cuba ha sido muy exitosa en captar ahorro externo por la vía política (de hecho desde 1580 nos hemos pasado la mayor parte de nuestra vida nacional gozando de algún subsidio) y siempre alguien —en Guanajuato, Bakú o Maracaibo— ha trabajado para nosotros. Hoy somos beneficiarios de la transferencia desde Venezuela de una cantidad anual que algunos calculan entre 4 mil y 6 mil millones de dólares. Y en realidad no hacemos otra cosa que mantenernos en un marco de precariedad consentida.

De cualquier manera esas transferencias ya están llegando a su fin, y el país sigue necesitando ese ahorro externo. Y esto no conduce a ningún otro lugar que al capitalismo. En esto no debemos confundir la realidad con una posición frente a ella. Es tarea de la izquierda socialista impulsar formas de propiedad social, así como prácticas de auto y cogestión de los trabajadores. En lugar de la antinomia planificación/mercado como única alternativa (un vertedero ideológico de la izquierda tradicional que encanta a los neoliberales) hay que pensar en formas de gestión que impliquen a las comunidades organizadas en asociaciones ambientalistas, de consumidores, de productores, etc. Todo ello debe ser parte distintiva del posicionamiento de izquierda en su camino para construir el poder alternativo y no simplemente para tomar el existente. Seguir pensando la realidad cu-

ba como una variante de socialismo de la que puede generarse una alternativa anticapitalista, es un divorcio cruel del rudo mundo real.

Con suma modestia, y en beneficio del desiderátum socialista, debemos reconocer que conseguimos una Revolución nacionalista con una vocación loable de justicia social. Pero que ya no existe. Y que el socialismo nunca existió.

Y es justamente por eso que, desde la izquierda, ninguna demanda es hoy más importante que el establecimiento de un sistema democrático, de libertades y derechos, que permita a los grupos sociales subordinados enfrentar, mediante presiones y negociaciones, los embates de la restauración capitalista. Y salvar, por esta vía, una serie de principios sociales heredados de la Revolución cubana tales como el acceso universal e igualitario a los servicios públicos (salud, educación, seguridad social) y que constituyeron su vertiente socialista. Y lo que no es menos importante, el establecimiento de una relación amistosa con el medio ambiente que pudiera hacerse particularmente negativa en un auge inversionista sin contrapesos.

La libertad solo es tal cuando se concede a los que piensan diferente. Eso lo dijo una comunista brillante, al punto que la derecha alemana no tuvo más alternativa que asesinarla y desaparecer su cadáver. Y en Cuba es también así: un régimen de derechos y libertades tiene que asumir que la sociedad cubana es diversa, que esta diversidad implica que cada vez con mayor frecuencia la población no sigue las directivas oficiales, y que hay una oposición minoritaria, pero organizada, que merece, como todos merecemos, acceder al espacio público para explicar sus alternativas. La democracia es pluralista o no lo es. Y ser pluralista es serlo sin más limitaciones que aquellas expresiones particulares que atenten directa y claramente contra los derechos de los otros, como son los casos del racismo, la xenofobia, la homofobia o la discriminación de la mujer y el sabotaje de sus derechos.

El pluralismo debe incluir el derecho de todos y todas a aspirar al poder político por la única vía aceptable en una sociedad de consensos: las elecciones libres y competitivas. Cuba necesita un sistema electoral directo, pluralista, que reconozca el derecho de las minorías a llegar a ser mayoría. Y un sistema político que garantice una representación sólida en un parlamento efectivo, y un poder judicial independiente. Y al mismo tiempo conserve y revitalice los espacios de democracia directa incluidos en la constitución desde 1976: participación comunitaria, rendición de cuentas y derecho a la revocación.

Por otra parte, estoy convencido de que la búsqueda de soluciones a las múltiples aristas de lo que hemos convenido en llamar *el problema cubano* debe priorizar la interacción de los actores e instituciones que viven en el archipiélago. Pero al mismo tiempo creo que esta búsqueda de soluciones debe incluir crecientemente a su comunidad emigrada. Hoy la relación del gobierno cubano, la comunidad insular y su emigración es mejor que nunca antes en la historia postrevolucionaria. Los lazos societales son absolutamente fluidos, venciendo recelos y construcciones ideológicas antagónicas. Pero

el gobierno cubano no ha podido superar una visión utilitaria y maniquea desfasada de una realidad: la sociedad cubana es hoy una sociedad transnacional.

Un ejemplo de los límites de la visión gubernamental –y todo un *test case* para los posicionamientos políticos– es la nueva normativa migratoria. Desde muchos puntos de vista es positiva, pues facilita el acercamiento y los contactos de todos los cubanos, abarata los costos y simplifica los procesos burocráticos. Pero no produce un avance hacia un Estado de derecho, toda vez que solo amplía y abarata un permiso y no reconoce el derecho al libre tránsito, y por consiguiente, se trata de una permisividad otorgada y revocable. Tampoco toma en cuenta la existencia de una comunidad cubana –en unos casos emigrada, en otros exiliada, pero en todos desterrada– que no puede regresar libremente al país en que nació, ni tener propiedades en ella. Tampoco resuelve el problema de los migrantes internos sin derechos en la capital, sometidos a un régimen de sub-ciudadanía y desventajas. Ni se plantea avanzar en el reconocimiento de la doble ciudadanía, prohibida constitucionalmente.

No es solamente una cuestión de justicia frente a una población emigrada cuyo aporte en remesas a la economía nacional y al consumo popular no necesita muchas explicaciones. Sino también una oportunidad perdida para el desarrollo, pues la comunidad cubana emigrada –por razones históricas que no explico ahora– ha sido una de las más exitosas, con capitales y sobre todo experiencias invaluablees que pudieran ser puestas en función del desarrollo nacional. Es un capital social desaprovechado que no puede ser reducido a las caricaturas de los emigrados “respetuosos” que concurren a las reuniones mal llamadas de la “nación” y la “emigración”, o a las bestias pardas antagónicas.

Finalmente, siempre he sido un opositor absoluto al bloqueo/embargo. Ante todo, porque me opongo a toda acción que legitime a los Estados Unidos como un actor interno de la política cubana. No por pruritos nacionalistas particulares (detesto las ideologías decimonónicas) sino porque ello distorsiona la capacidad soberana de la sociedad cubana para decidir sobre su vida. Reconozco, sin embargo, que con o sin bloqueo, siempre existirá un efecto inductivo desde los Estados Unidos debido a la asimetría de la relación y a la consideración siempre vigente en Washington del Caribe como patio interior.

El embargo/bloqueo no es el causante de todos los males de la economía cubana pero es una intrusión ilegítima que hoy deviene un obstáculo monumental para la normalización de relaciones con Estados Unidos. Y es, además, el punto de partida para esa inmensa manipulación política que implica presentar a la Isla como una fortaleza sitiada donde cada disidente es un traidor. Esto último se debió posiblemente el gran logro contrarrevolucionario del bloqueo: potenciar las tendencias más radicales y autoritarias dentro de la joven Revolución cubana y erosionar su presteza como alternativa continental.

Creo que si el gobierno cubano está seriamente interesado en normalizar sus relaciones con Estados Unidos, debe comenzar por entender que se trata de una relación asimétrica, y que Cuba, es decir su pueblo, necesita de una relación normal para mejorar su

bienestar. El gobierno de Barack Obama ha dado pasos modestos, pero pasos al fin, y ha disminuido la retórica beligerante de su intratable antecesor, pero el gobierno cubano no ha avanzado con la agilidad y rapidez necesarias para convertir esas oportunidades en beneficios para toda la nación cubana.

Por ejemplo, mantenemos prisionero a un judío-americano, que se acerca a su octava década de vida e intentó introducir ilegalmente en el país equipos de comunicación. Y queremos cambiarlo por cinco agentes cubanos acusados de espionaje, no importa ahora cuan sanos pudieran ser sus propósitos, en violación de las leyes americanas. No es una cuestión sentimental, sino puro pragmatismo.

En lugar de encontrar los puntos de colaboración posibles con los vecinos, y quitarle agresividad al tono, hacemos coro con toda la retórica del ALBA, con la diferencia de que todos sus integrantes comercian intensamente con Estados Unidos y se benefician de sus inversiones. Estados Unidos sigue siendo el principal cliente petrolero de Venezuela, y aunque ha habido un descenso en los intercambios, ello no se debe al espíritu antiimperialista de los dirigentes venezolanos, sino al descenso de la producción. Ecuador en 2011, para poner otro ejemplo, dirigió el 29 por ciento de sus exportaciones a Estados Unidos y adquirió allí el 37 por ciento de sus importaciones, con una balanza bilateral favorable de varios cientos de millones de dólares. Mientras que nosotros no podemos hacer ni una cosa ni otra. Carecemos de una política proactiva para poder llegar a hacerlo. Y si no nos apuramos vamos a terminar convirtiendo en un museo todo el proyecto de reconversión económica de la franja costera norte que empieza en Mariel y termina en Cárdenas.

No más estimulante ha sido la manera como Cuba –haciendo gala de su anti-injerencismo a todo costo y a la idea de que el enemigo de mi enemigo es mi amigo– se ha alineado con los regímenes políticos más detestables del planeta. No se trata de que en aras de una relación normal con Estados Unidos Cuba renuncie a muchos principios encomiables de su política exterior. Al contrario, marcar diferencias con el vecino poderoso es una manera simbólica de ganar soberanía. Y en política los símbolos valen. Pero hacerlo al precio de apoyar a Gadafi, el Assad y a todos los herederos de Kim Il Sung me parece detestable.

Creo que en este punto el lector podrá acumular muchos puntos de desacuerdo, pero coincidirá conmigo en que no comparto espacios significativos ni con la derecha de Miami, ni con los sostenedores del paradigma de la transición con orden que termina sacrificando a la primera en función del segundo. Y creo que también coincidirá en mi agradecimiento a *Espacio Laical* por haberme permitido expresarme en un medio cubano desde esta distancia involuntaria que ya sobrepasa la primera docena de años. Como se dice, toda una vida.

Santo Domingo, febrero de 2013.